

**MÁS ALLÁ DE LA LEY DE MAY:  
DISPARIDADES CURVILINEAS Y CONFLICTO  
INTRAPARTIDISTA.  
EL CASO DE CATALUÑA**

**Oscar Barberà**

*Universitat Autònoma de Barcelona*

[Oscar.barbera@uab.es](mailto:Oscar.barbera@uab.es)

**Astrid Barrio**

*Universitat Autònoma de Barcelona*

[Astrid.barrio@uab.es](mailto:Astrid.barrio@uab.es)

**Gerard Mestre**

*Universitat Autònoma de Barcelona*

[gerardmestre@hotmail.com](mailto:gerardmestre@hotmail.com)

**Nota biográfica:**

*Oscar Barberà es doctor en Ciencia Política por la Universitat Autònoma de Barcelona de la que es profesor asociado.*

*Astrid Barrio es profesora asociada en la misma universidad donde, además, está ultimando su tesis doctoral.*

*Gerard Mestre es licenciado en Ciencias Políticas.*

**Palabras clave:**

**Militantismo – Ley de May – Partidos Políticos – Elites políticas – Cataluña**

**Abstract:**

Este artículo pretende contribuir al debate sobre el papel que desempeñan los adherentes y activistas y, de modo especial, a intentar plantear de nuevo el problema de su influencia dentro del partido. Para ello se revisa el trabajo de May (1973), sus posteriores desarrollos empíricos, y se intenta comprobar su validez en los principales ejes que marcan la competencia política catalana.

Una vez comprobada la existencia de disparidades ideológicas en el caso catalán, el papel se centra en discutir algunas de las limitaciones del modelo de May. Ello permite, a su vez, sugerir la necesidad de elaborar un nuevo modelo de conflicto partidista que tenga presente tanto las relaciones de poder verticales (entre dirigentes y activistas) como horizontales (entre los mismos dirigentes). Para mostrar empíricamente las debilidades señaladas en el modelo de May, el análisis termina con un caso estudio que intenta ilustrar la dificultad de asociar disparidades con conflicto interno.

## Introducción<sup>1</sup>

El protagonismo que históricamente han desempeñado los activistas y adherentes en el seno de los partidos políticos está estrechamente vinculado a la relación que estos últimos han mantenido con la sociedad civil y, también con el Estado. De las distintas relaciones entre los tres vértices de este triángulo han surgido buena parte de las tipologías de los partidos políticos, tal y como han puesto de manifiesto Katz y Mair (1995). Sin embargo, pese a los diversos tipos de partido identificados por la literatura académica (Seiler, 2000; Gunther and Diamond, 2003, Krowel, 2006), la política del siglo XX, en tanto que política de masas, ha estado marcada por la construcción de organizaciones capaces de canalizar la participación política de miles de personas. De ahí que el tipo de partido político paradigmático de buena parte del siglo pasado, ha sido sin duda, el partido de masas (Duverger, 1954), ya que al menos en Europa occidental, la mayoría de partidos ha adoptado ese formato organizativo (Von Beyme, 1986). Es por ello que la asociación que suele darse entre partidos políticos y partidos de masas es tan intensa que a la hora de referirse a las transformaciones que han experimentado este tipo de partidos durante las últimas décadas del siglo XX algunos autores han hablado genéricamente de declive partidista. Otros en cambio, más que referirse a la crisis de los partidos, como consecuencia de la crisis de los partidos de masas, han preferido definir nuevos modelos de partido como el *catch-all party* (Kirchheimer, 1966), el *parti d'électeurs* (Charlot, 1970), el *cartel party party* (Katz and Mair, 1995), el *modern cadre party* (Koole, 1994) o el *business-firm party* (Hopkin and Paolucci, 1999).

Tanto la aparición de nuevos partidos como las transformaciones que han sufrido los partidos de masas son consecuencia de los profundos cambios sociales, políticos y tecnológicos que han afectado a las democracias occidentales desde la segunda mitad del siglo XX. Este proceso ha generado nuevas relaciones de los partidos con la sociedad y con el estado y, por supuesto, ha comportado una redefinición del papel, funciones y actividades que desempeñan sus miembros. Ello ha despertado una gran variedad de debates académicos. Una parte de las investigaciones se han fijado básicamente en la reducción del número de miembros en los partidos. El partido de

---

<sup>1</sup> Una primera versión de este paper fue presentada en inglés en el Workshop "Partisanship in Europe: Members, Activists and Identifiers" dentro de las Joint Sessions del European Consortium for Political Research celebradas en Helsinki del 7 al 12 de May de 2007. Los autores quieren agradecer a Gerard Mestre su asistencia técnica y al Institut de Ciències Polítiques i Socials de Barcelona (ICPS) las facilidades para acceder sus sondeos.

masas se basaba en el uso intensivo de miembros para realizar sus principales funciones. Una manera de comprobar las transformaciones de este tipo de partido y la aparición de nuevos tipos ha consistido en analizar el descenso que los miembros suponen respecto a los votantes. Con algunos matices, la mayoría de los estudios (Mair and Van Biezen, 2001; Webb et. alt. 2002) parecen confirmar descensos en las tasas de afiliación con algunas excepciones (Katz 1990, Selle i Svasand, 1991) aunque todavía no parece haber llegado la hora de los partidos sin miembros (Scarrow, 2000).-

La segunda dimensión se refiere a las actividades o funciones que los militantes desempeñan dentro del partido. Cabe recordar que el grado de actividad y naturaleza de la participación es la base fundamental sobre la que se construye la tipología de Duverger (1954). Sin duda es fácil constatar *intuitivamente* que la naturaleza de la implicación en los partidos políticos ha cambiado substancialmente. Quizás por ello esta es una de las dimensiones donde menos trabajos empíricos abundan. Con todo, los estudios disponibles cifran importantes cambios que han afectado al número de miembros activos; al tipo de actividades que desarrollan, etc. (Zielonka-Goei, 1992). Pese a la dificultad de recopilar series de datos de largo alcance temporal, ello parece ser cierto para el caso del laborismo inglés entre principios y finales de los años noventa (Whiteley and Seyd, 1998; Seyd and Whiteley, 2004), pero no para el caso Noruego (Heidar and Saglie, 2003). En este debate, Heidar ha señalado recientemente la necesidad e importancia de distinguir entre los distintos tipos de activistas que integran a los partidos (Heidar, 2006).-

La tercera y última dimensión se refiere a las características distintivas de los miembros de las organizaciones y a la influencia que ello puede tener sobre el funcionamiento de los partidos. En esta dimensión confluyen dos tradiciones distintas: una vinculada a la sociología del militanismo que se ha preguntado sobre sus características diferenciales respecto del electorado (Mabileau, 1974; Subileau, 1981; Cayrol and Ysmal, 1984; Rey and Subileau, 1991; Boy, Platone and Rey, 2003) y otra que se ha interesado por la democracia dentro de los partidos (Michels, 1962 [1911]; Duverger, 1954; Schattschneider, 1942, Panebianco, 1988; Kitschelt, 1989b). Ello ha cristalizado en una creciente literatura sobre las relaciones entre los líderes y los activistas (May, 1973; Kitschelt, 1989, Norris, 1995).

Este artículo pretende ser una nueva contribución al debate entorno a la última de estas tres dimensiones. Para ello el análisis se presenta en dos etapas distintas. La primera etapa abarca las tres primeras partes del artículo. La primera parte se dedica a discutir sobre el papel que desempeñan los adherentes y activistas en los partidos y, de modo especial, a intentar plantear de nuevo el problema de su influencia dentro del partido. Para ello es necesario revisar tanto el trabajo de May (1973), así como sus posteriores desarrollos empíricos. Después de dedicar la segunda parte a explicar el tratamiento de los datos, la tercera parte intenta demostrar la validez de la *ley* de May en los principales ejes que marcan la competencia política catalana.

La segunda etapa comprende las dos últimas partes. Una vez comprobada la existencia de disparidades ideológicas en el caso catalán, la cuarta parte se centra en discutir teóricamente algunas limitaciones del modelo de May. Ello permite, a su vez, sugerir la necesidad de elaborar un nuevo modelo de conflicto partidista que tenga presente tanto las relaciones de poder verticales (entre dirigentes y activistas) como horizontales (entre los mismos dirigentes). Para mostrar empíricamente las debilidades señaladas en el modelo de May, la quinta parte termina con el análisis de un caso estudio que intenta ilustrar la dificultad de asociar disparidades con conflicto interno.

## **I. Democracia interna y disparidad ideológica en los partidos políticos.**

Las consideraciones sobre el papel que juegan los adherentes y activistas dentro de los partidos políticos nacieron en paralelo a los debates entorno a las implicaciones de la democracia de masas<sup>2</sup>. En este sentido, la posición elitista de los iniciadores de la disciplina (Pareto, Mosca, Weber, o Michels) ha dejado una profunda huella sobre la literatura posterior. El mejor exponente de este enfoque aplicado al estudio de los partidos políticos es, sin duda, la obra de Michels (1911 [1962]). Su famosa *ley de hierro de la oligarquía* es uno de los más brillantes alegatos sobre la *fútil* influencia de las masas en política. Pese a que las posiciones iniciales de Michels han sido reinterpretadas y matizadas por la literatura posterior, la distinción más o menos matizada entre dirigentes y dirigidos sigue caracterizando a buena parte de la literatura sobre la base humana de los partidos<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> Para una síntesis de las relaciones entre elitismo y democracia véase, entre otras, la obras de Held (1998)

<sup>3</sup> Un repaso a los debates que siguen a la obra de Michels en Lipset (1961); Rorschneider (1994) o Heidar (2006).

Una de las aportaciones clave es la obra de Duverger (1954), el cual formula la teoría de los círculos concéntricos distinguiendo a los miembros de los partidos en función de su grado de implicación. Así pues de mayor a menor implicación encontramos a dirigentes, miembros activos (militantes), pasivos (adherentes), simpatizantes y votantes. Pese a relativizar el poder de los adherentes, Duverger ya apunta que la disparidad sociológica e ideológica entre líderes y seguidores puede tener efectos en la democracia interna de los partidos.

Con todo, la *revolución copernicana* dentro de esta tradición es, sin duda, el trabajo de John May (1973). Éste puede sintetizarse en diversos puntos: a) Para elaborar su clasificación, el autor parte de dos premisas: que todos los partidos están estratificados en grupos y que esta estratificación se debe a los distintos incentivos a los que se asocia la participación de cada grupo. De ahí deduce que la distinción relevante es entre líderes, sub-líderes y no-líderes; b) Las razones por las que estos subgrupos difieren entre sí se basan en una *psicología reduccionista* (Kitschelt, 1989) fundada en el modelo espacial de Downs (1957), y en teorías de la acción colectiva inspiradas en premisas de tipo *rational choice* (Weldon, 2007).

De estas diferencias entre los distintos niveles dentro del partido derivadas de los incentivos de la participación se sigue, aunque de modo implícito, una teoría del conflicto dentro de los partidos políticos (Norris, 1995) que, además, tiene la virtud de enlazar el nivel sistémico con el organizativo (Kitschelt, 1989). Aunque May sostiene la existencia de diversos modelos de disparidad ideológica y, así mismo, de conflicto, dentro de los partidos, el mismo autor señala que el más común se remite al que señala como *ley de la disparidad ideológica curvilínea*. Esta ley señala que el conflicto se debe a que los activistas son ideológicamente más extremistas que los votantes y los dirigentes políticos.

Las hipótesis de May han tenido una extraordinaria repercusión. Y ello pese a sus numerosas dificultades tanto teóricas (Kitschelt, 1989; Norris, 1995; Weldon, 2007) como empíricas. Como es ya bien sabido, las previsiones teóricas de la *Ley de la disparidad ideológica curvilínea* parecen tener problemas de aplicación tanto en sistemas bipartidistas (Dalton, 1985; Herrera and Taylor, 1994; Norris, 1995), como en sistemas multipartidistas (Kitschelt, 1989, Narud and Skare, 1999).

A pesar de todos los problemas teóricos y empíricos, la atracción del trabajo de May sigue vigente. Ello se debe a diversos aspectos clave de su teoría: En primer lugar, por el atractivo y fuerza de su implícita teoría del conflicto dentro de los partidos políticos. Ello ha permitido alimentar con nuevas bases el *viejo* debate elitista entorno a la mayor o menor influencia de los activistas en la política del partido y, por extensión, sobre la posibilidad de la democracia en su interior<sup>4</sup>. Como veremos más adelante, la teoría del conflicto de May ha sido duramente criticada por Kitschelt (1989) que, a su vez, ha propuesto una visión alternativa.

Por otro lado, la obra de May sigue seduciendo por la parsimonia de su clasificación de la base humana de los partidos. Paradójicamente, los esfuerzos por impugnar su *Ley de la disparidad*, parecen haber contribuido a asentar su distinción entre líderes, activistas y votantes barriendo así a la ya clásica distinción elaborada por Duverger (1954). Ello se debe a la relativa facilidad con que la teoría puede ser operacionalizada, hecho que contrasta con la difícil conceptualización de las categorías propuestas por sus principales críticos (Kitschelt, 1989a; Norris 1995) y, por descontado, de la literatura dedicada a la organización de los partidos (Panebianco, 1982; Kitschelt, 1989b; Avril, 1990; Katz y Mair, 1995).

Las páginas que siguen están dedicadas a examinar, en primer lugar, las disparidades ideológicas que, el verano de 2004 podían encontrarse entre los líderes, activistas y votantes de los principales partidos políticos catalanes. Su pretensión es verificar la validez de las hipótesis de May (específicamente la Ley de la diversidad ideológica curvilínea) en el subsistema de partidos catalán. Como veremos, más allá de su pluripartidismo, la singularidad del caso catalán reside en testar la validez de la hipótesis cuando existe más de un eje de conflicto. Una vez examinadas las disparidades, procederemos a discutir algunas de las limitaciones del modelo. Con todo, antes es preciso resumir brevemente el tipo de datos que se ha utilizado. En el apéndice metodológico se precisan las operacionalizaciones que se han utilizado en el artículo.

## II. Datos.

---

<sup>4</sup> Ello ha permitido desarrollar modelos posteriores basados en las teorías de la acción racional (Aldrich, 1983)

El trabajo que presentamos se basa en los datos obtenidos a través de diversas encuestas y sondeos. En primer lugar, los datos de los miembros de los partidos se basan en las diversas encuestas que se realizaron a los asistentes de los congresos de los partidos políticos catalanes con representación parlamentaria celebrados durante el verano de 2004<sup>5</sup>. Consideramos que los congresos, en tanto que reúnen a buena parte de los cargos orgánicos y electos del partido así como a los miembros más activos, constituyen una buena muestra del personal que integra los partidos (Cayrol y Ysmal, 1984). Por ello nos referiremos a los congresistas o delegados que no tienen cargos públicos destacados (parlamentarios o miembros de la ejecutiva del partido) como militantes. Evidentemente, la equiparación de esta categoría a simples activistas movidos por incentivos colectivos presenta problemas que también están presentes en la clasificación de May (1973). Con todo, el análisis de los miembros del partido con cargos públicos (Tabla A.3 en los anexos) muestra que, a excepción del PSC, estos no superan el 30% de los congresistas<sup>6</sup>.

En todos los partidos se pasó un cuestionario básico, formado mayoritariamente por preguntas cerradas y estandarizadas que se adaptó a las peculiaridades de cada partido. El sistema de reparto y recogida de la encuesta se basó en la técnica de cuestionarios de redacción colectiva. En casi todos los partidos fueron los mismos investigadores quienes supervisaron el proceso de reparto y recogida, a excepción de ERC en cuyo caso fue la misma dirección del partido quien decidió pasar la encuesta. Ello supuso pequeños cambios en el cuestionario que sólo parcialmente afectan a la comparación.

Como muestra el apéndice metodológico, los niveles de respuesta obtenidos en los diferentes congresos osciló entre el 30% el 60%, razón por la cuál la representatividad de los porcentajes varia, dado que en todos los casos los porcentajes que se han utilizado son sobre el total de respuestas obtenidas sin que se haya realizado ponderación alguna. Sólo el caso del Partido Popular (PP) ha sido excluido debido al bajísimo nivel de respuesta.

Los datos relativos al electorado proceden de un sondeo de opinión representativo de la población catalana efectuada el mismo año 2004 y elaborado por el Institut de

---

<sup>5</sup> Iniciativa per Catalunya ICV (post-comunista), ERC (nacionalista izquierdista), PSC (social-demócrata), CDC (nacionalista moderado) y UDC (nacionalista democristiano);

<sup>6</sup> Además, la gran parte de los que tienen cargos públicos son de tipo local (alcalde o concejal).

Ciències Politiques i Socials (ICPS). El cuestionario es muy similar al utilizado para las encuestas de los congresos de los partidos circunstancia que ha facilitado mucho la comparación. En el apéndice metodológico se facilitan los datos técnicos del sondeo.

Asimismo para conocer el proceso de formación del gobierno catalán se ha recurrido a la observación a través de la prensa escrita y digital así como y de las informaciones aparecidas en las páginas web de los distintos partidos.

### **III. Las disparidades en Cataluña: 2004.**

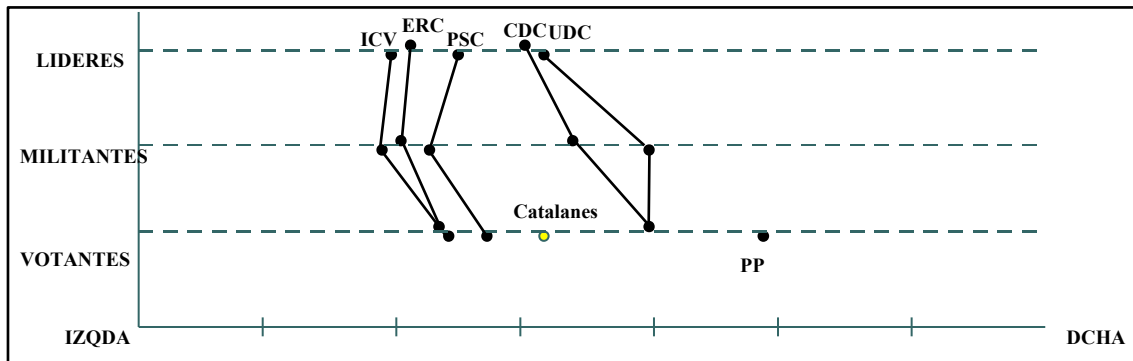
El objetivo principal de este apartado es intentar verificar la existencia de *curvilinear patterns* o, en su defecto, la existencia de disparidades (sean o no curvilíneas) en el caso de los partidos políticos catalanes. Hasta ahora la existencia de patrones curvilíneos ha sido testada, fundamentalmente, en un solo *issue* o eje de competición partidista. Una interesante excepción es el trabajo de Norris (1995), que intenta aplicar la ley de la disparidad bidimensionalmente<sup>7</sup>. Siguiendo los pasos de Norris intentaremos verificar la existencia de disparidades también en los dos principales ejes que estructuran la competencia política en Cataluña: el habitual eje izquierda-derecha y además el eje centro-periferia (Linz, 1981; Botella, 1984; Gunther, Sani and Shabad, 1986; Pallarés, Canals and Virós, 1988; Molas, 1992; Molas and Bartomeus, 1998 and 1999).

---

<sup>7</sup> Una de las reflexiones seminales entrono a la importancia de analizar la competencia en dos ejes puede hallarse en el último capítulo del libro clásico de Sartori (1976) o antes en la obra de Rokkan (1967).



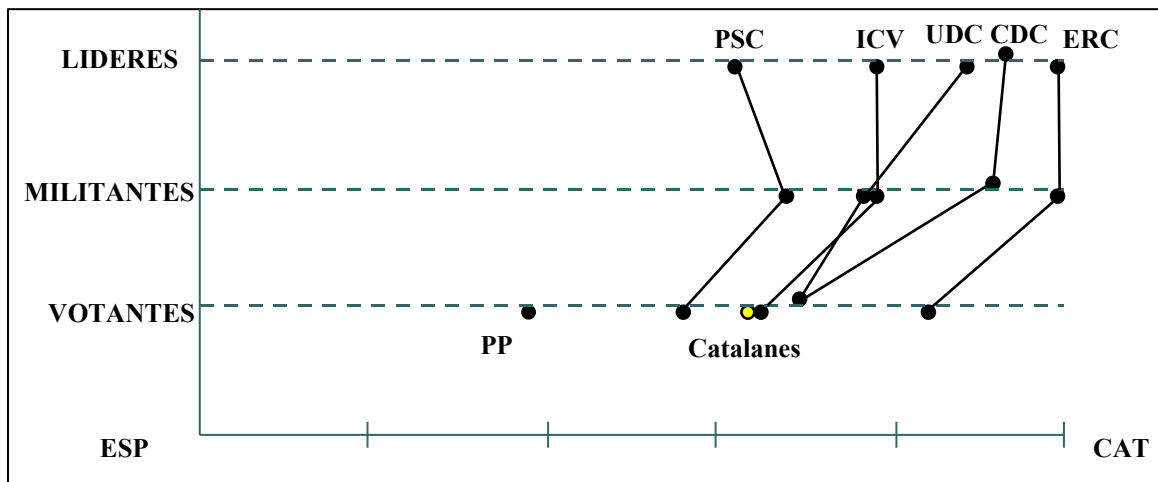
**Gráfico 1.** Disparidades entre líderes, militantes y votantes en el eje izquierda-derecha.



Fuente: Elaboración propia a partir de las encuestas a los congresos y del sondeo del ICPS.

El gráfico 1 muestra las medias de auto-ubicación de los militantes, dirigentes y votantes de cada partido en el eje izquierda-derecha. En este eje pueden observarse dos patrones. En los partidos de izquierda y centro-izquierda los votantes son los que se sitúan en posiciones más moderadas, es decir se ubican hacia las posiciones más centrales del eje. Asimismo, tal y cómo pronostica la ley de la disparidad curvilínea se aprecian diferencias en las medias de ubicación de los dirigentes y los militantes siendo la pauta más habitual que los dirigentes sean ligeramente más moderados que el conjunto de los militantes. Ahora bien, la distancia entre dirigentes y militantes es tan estrecha que más que una curva estamos ante lo que Narud y Skare (1999) llaman *small fan disparity*. En el caso de los partidos de centro-derecha la situación es distinta. En estos partidos los dirigentes son los que se ubican en posiciones más a la izquierda, pero ello es consecuente con la ubicación moderadamente centro-izquierdista (3,1) de la media del electorado catalán. Con todo, en este caso no son los militantes los que se ubican en las posiciones más a la derecha sino los votantes. En estos casos, el modelo que mejor encaja es la hipótesis de May de los líderes como centristas.

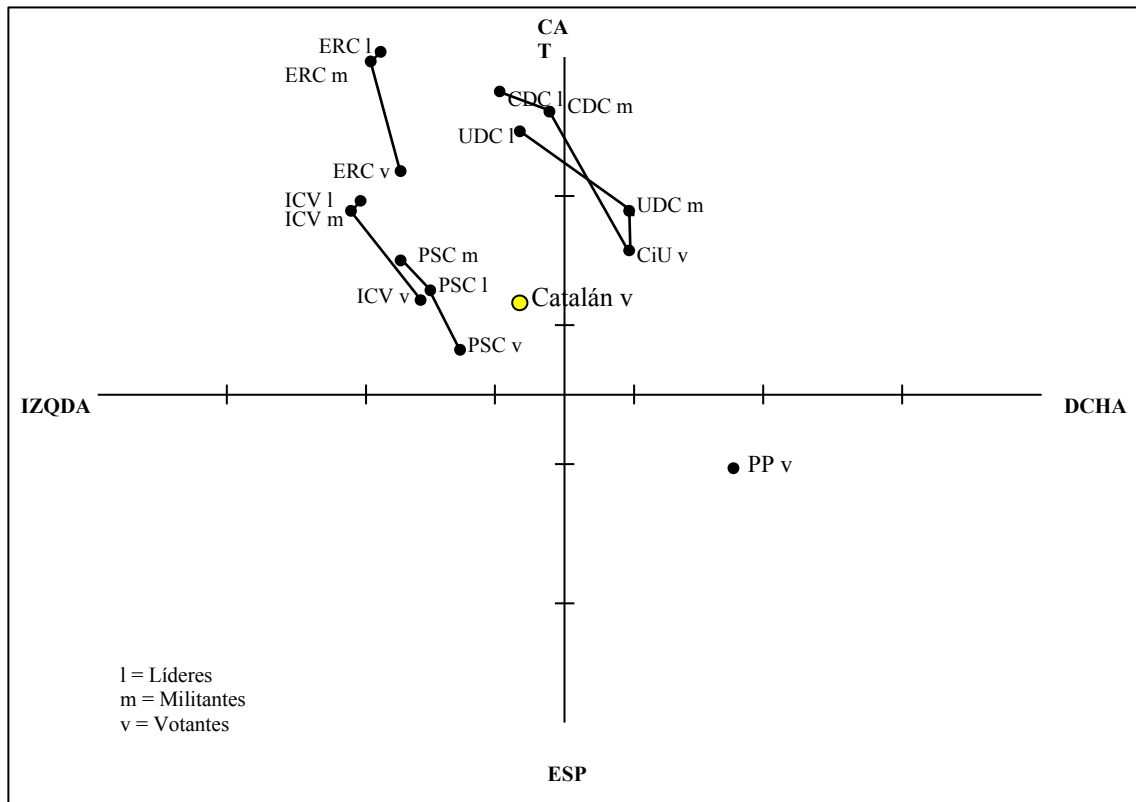
**Gráfico 2.** Disparidades entre líderes, militantes y votantes en el eje catalanismo-Españolismo.



Fuente: Elaboración propia a partir de las encuestas a los congresos y del sondeo del ICPS.

La situación cambia de nuevo al analizarse al eje de identidad nacional subjetiva (Gráfico 2). La pauta común en este eje es que los votantes son el grupo más moderado, es decir el que tienden a situarse en posiciones más centradas. Los votantes tienden (excepto los del PP) a considerarse más catalanes que españoles. Lo mismo sucede entre los militantes de los diversos partidos, aunque en posiciones más catalanistas que la de los propios votantes. En el caso de los militantes de ERC y CDC sus planteamientos ya son muy cercanos a la identidad exclusivamente catalanista. Finalmente y en contra de lo que cabría pensar, según la hipótesis de la disparidad curvilínea, en este eje los dirigentes tienden a ser el agregado más radical de todos. El único partido que escapa a esta lógica es el PSC, en cuyo caso los militantes son más radicales que los dirigentes. En el caso de los dirigentes de ERC, CDC y UDC los planteamientos rayan en muchos casos la identidad exclusivamente catalana. Ello contrasta, sin embargo con la posición media del electorado catalán que, como en el caso de los votantes de los diversos partidos se sitúa en posiciones más catalanas que españolas (3,3).

**Gráfico 3.** Disparidades entre dirigentes, militantes i votantes en las dimensiones izquierda-derecha i la identificación nacional subjetiva.



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de las encuestas a los congresos y del sondeo 2004 del ICPS.

El gráfico 3 muestra en un plano bidimensional la posición media de votantes, militantes y dirigentes en los ejes izquierda-derecha y de identidad nacional. Lo interesante del estudio bidimensional de las disparidades es que la interacción entre los dos ejes genera una dinámica de competición diferente. Nuevamente, en este caso, las figuras confirman la existencia de disparidades entre los distintos subgrupos de los diferentes partidos, especialmente entre dirigentes-militantes y votantes, pero en general las diferencias no muestran un claro patrón curvilíneo. En los partidos de

centro derecha (CDC y UDC) la pauta tiende a ser curvilínea pero debido a la mayor radicalización de los dirigentes en el eje de identidad subjetiva esta no puede decirse que cumpla los parámetros establecidos por la ley de May. En el centro-izquierda, la proximidad entre dirigentes y militantes hace difícil que pueda sostenerse la existencia de este patrón.

Más allá del análisis de las disparidades, el gráfico 3 sirve para ilustrar cuanto puede cambiar la dinámica de competición política en función de los ejes que se consideren. Según el caso catalán, a partir del análisis estricto del eje izquierda-derecha tendríamos unos partidos de centro-izquierda con líderes relativamente centrados y, sobre todo, unos partidos de centro-derecha con líderes absolutamente centristas. El resultado parecería tender a una baja polarización del sistema. Ahora bien, si la competencia política se rige no sólo por el eje izquierda derecha sino también por el de identidad nacional subjetiva el resultado es radicalmente distinto. En este caso nos hallamos con líderes extremistas en casi todos los partidos (con la excepción del PSC). Ello provoca, en la izquierda, que la distancia entre los líderes de ERC, ICV o PSC aumenten significativamente y, en cualquier caso, sean mayores que las que existen entre los electorados de los tres partidos. En el centro-derecha la situación también es parecida. En este caso, el elemento más paradójico es que los dirigentes y militantes de CiU están más próximos a los votantes de ERC que no a sus propios votantes. Esto tiene como contrapartida que la distancia que separa a los dirigentes de los dos principales partidos, CDC y PSC, sea mucho mayor de la que sugiere el eje izquierda-derecha y, sobre todo, de la distancia que separa a los electorados de CiU y PSC.

Ello parece sugerir, pues la existencia de una polarización entre los dirigentes políticos que, por el momento, no tiene su traducción entre los votantes de los distintos partidos. Cabe preguntarse si ello es fruto del momento político o de una situación estructural. Y, sobre todo, si de ello puede sugerirse la posibilidad de una cierta *cartelización* (o, para matizar, *autonomización*) de la política partidista respecto a la sociedad catalana.

A la luz de estos resultados, se puede concluir que las predicciones derivadas de la ley de May respecto a la distribución ideológica de dirigentes y miembros del partido y votantes, sólo se cumplen parcialmente en el eje izquierda derecha y se ven completamente desmentidos si se analiza el eje de identidad nacional o se combinan

ambos ejes. Sí en cambio puede hablarse de disparidades entre líderes, militantes y electores pero sin poder sostener la existencia de las hipótesis de la disparidad curvilínea de May. A la vista de los datos, los resultados en Cataluña se aproximan más a la hipótesis de los líderes como extremistas también enunciada por May (1973: 10).

#### **IV. Más allá de la Ley de May: hacia un modelo que vincule disparidades ideológicas y conflictos intrapartidistas.**

Hasta el momento, los esfuerzos de este trabajo y, en general, de la literatura entrono a la Ley de May se han centrado en examinar las disparidades ideológicas que podían encontrarse dentro de los principales partidos políticos catalanes. Como hemos visto en el primer apartado, a parte de las dificultades de verificación empírica, las críticas se han centrado en los dos aspectos nucleares de su modelo: los límites de su teoría del conflicto y las bases de la clasificación de los grupos dentro del partido (Kitschelt, 1989; Norris, 1995).

Con todo, hay algunas limitaciones del modelo propuesto por May que no han recibido suficiente atención. En este apartado nos centraremos en dos de esos aspectos: el primero es la debilidad de su concepto de influencia, clave en su teoría del conflicto; El segundo está dedicado a las dificultades para vincular tanto teórica como empíricamente la existencia de disparidades entre dirigentes, activistas y votantes (lo que la mayoría de investigadores intenta testar) con la existencia de conflictos dentro de los partidos políticos.

##### ***Dos definiciones de influencia***

La aceptación de las premisas básicas del modelo de May (la estratificación interna de los partidos a partir de distintos tipos de incentivos) no resuelve el problema de cómo (y en que condiciones) la existencia de disparidades y *tradeoff* entre las pretensiones de los dirigentes y los activistas puede convertirse, eventualmente, en conflictos intrapartidistas. Ello remite, de hecho, a un elemento esencial que constituye el núcleo del problema: ¿Cómo conceptualizar la influencia de los activistas dentro de los partidos? En función del significado que se atribuya al concepto de influencia, la transformación de disparidades en conflicto resulta más o menos *automática*.

La posición de May, seguida entre otros por Norris (1995) consiste en señalar que la influencia de los activistas llega en el momento de decidir la línea política y en la selección de los cargos públicos. Un argumento de este tipo atribuye un notable poder a los activistas, resulta bastante estimulante desde el punto de vista de la democracia interna de los partidos y simplifica el problema de la transformación de las disparidades en conflictos. Con todo, son muchos los argumentos que han mostrado la capacidad de los líderes de interferir en la democracia interna de los partidos<sup>8</sup>.

Una manera alternativa para entender la influencia de los activistas dentro de los partidos consiste en definirla como un *anclaje* o *constricción* (Aldrich, 1983; Schofield and Sened, 2005). Desde este punto de vista, sin duda menos atractivo en términos de democracia interna, el poder de los activistas raramente reside en su capacidad de decisión, sino de *restricción* a la atribución de impulso que suelen encarnar los dirigentes<sup>9</sup>. Esta capacidad de anclaje funciona no sólo en términos electorales<sup>10</sup>, también en el momento de definir el alcance de determinadas políticas o incluso en el momento de definir pactos con otros partidos. Dicho de otro modo, los activistas constituyen fundamentalmente una restricción que constriñe el margen de libertad de los dirigentes. Aunque más realista, una definición de este tipo plantea importantes problemas en el momento de traducir de modo más o menos automático las disparidades ideológicas en conflictos internos.

Así pues, las restricciones de los militantes pueden concebirse como preferencias que los líderes conocen, respetan, intentan modificar y, eventualmente, desoyen. Estas preferencias pueden tener traducción tanto en términos de estrategia electoral, diseño de políticas o formación de alianzas. Ello no significa presuponer (como el mismo May señaló) que los militantes deban ser necesariamente más extremistas que los dirigentes<sup>11</sup>. Desde este punto de vista, las disparidades ideológicas o de opinión

---

<sup>8</sup> Este punto reenvía de nuevo a los debates entorno a la ley de Michels y a las tácticas que Duverger señala para mostrar como los líderes imponen su voluntad al partido.

<sup>9</sup> Sin embargo, el poder decisorio si puede darse en el caso en que la dirección esté dividida respecto a una estrategia política o en la definición del liderazgo. Algunas intuiciones en este sentido en Panebianco (1988).

<sup>10</sup> Algunos autores como Dunleavy (1991) o Gunther y Montero (2000) utilizan este concepto de forma parecida.

<sup>11</sup> Algo muy parecido puede decirse de la relación entre votantes y dirigentes. Esa parece ser la concepción que esconde, por ejemplo, el concepto de "Territorio de Caza" utilizado por Panebianco (1988). La diferencia fundamental entre activistas y votantes reside en que mientras el único poder que tienen los votantes consiste en retirar el voto (o la protesta pública), los activistas pueden canalizar su protesta en los órganos internos del partido.

(curvilíneas o no) entre los dirigentes y los activistas son, esencialmente, un indicador de los *tradeoff* entre los objetivos de unos y otros. Ahora bien, ¿importan realmente las disparidades ideológicas entre líderes activistas y votantes?, o dicho de otro modo, ¿hasta que punto la existencia de disparidades ideológicas puede traducirse en conflictos intrapartidistas?

### **Efectos de las disparidades ideológicas y conflicto intrapartidista**

Las reflexiones entorno a la influencia de los activistas han abierto un problema teórico de mayor consideración. Hasta el momento, la literatura empírica entorno a la ley de la disparidad se ha limitado a constatar las disparidades *en el supuesto* de que afectan al funcionamiento del partido. Con todo hay algunas razones para dudar de los fundamentos de su teoría del conflicto. Y especialmente de las razones que vinculan teóricamente la existencia de disparidades entre dirigentes y activistas con la aparición de conflictos internos.

La consideración más importante es, sin duda, el hecho bien conocido que la simple constatación de disparidades ideológicas o de opinión no dice nada de la intensidad con que las distintas subunidades sostienen estas preferencias. Ello indica que pueden darse situaciones en las que la existencia de importantes disparidades esconda la relativa indiferencia de los individuos hacia estos temas. Una posible vía para superar este problema puede consistir en considerar las disparidades ideológicas o de opinión en momentos en que el partido afronta lo que Muller y Strom (1999) llaman *hard decisions*.

Pero incluso en el supuesto de una alta intensidad en las disparidades, ello no implica necesariamente que de estas divergencias deban surgir conflictos internos. Sobre todo si se parte de una definición más realista del concepto de influencia como capacidad de constricción (en vez de elección o definición de la línea política). En estas circunstancias, aun cuando los dirigentes superen las restricciones impuestas por los militantes es concebible que una parte de estos no opte directamente por la expresión pública de su *disgusto (vocie)*: pueden optar, también, por una discreta *salida (exit)* de la organización o, incluso, el silencio más o menos *leal (loyalty)* a la espera de tiempos mejores (Hirschman, 1970).

Estas debilidades plantean el problema de definir en qué condiciones es o deja de ser operativa la teoría o, lo que es lo mismo, cuando y por qué razones la existencia de disparidades ideológicas pueden ir acompañadas de conflictos intrapartidistas. Ello es lo que plantea Kitschelt (1989) en su revisión de la obra de May. El trabajo de Kitschelt va más allá de una mera teoría del conflicto intrapartidista para intentar abordar las razones cambio organizativo en los partidos políticos. En su modelo, Kitschelt vincula el conflicto a los cambios en las relaciones de fuerza de los distintos subgrupos que componen los partidos<sup>12</sup>. Estas relaciones de fuerza dependen de dos grandes factores: del entorno y de las reglas organizativas. El entorno se define por la movilización del *cleavage* principal en el que se define el partido y por la competitividad respecto a otros partidos. Las reglas organizativas se refieren a un conjunto de factores que son, esencialmente: las dificultades para acceder a los cargos intermedios, la autoridad del Congreso del partido y la posición de la ejecutiva. Más allá de las hipótesis que relacionan las distintas variables, la importancia del modelo de Kitschelt reside en especificar las condiciones en las que este es aplicable.

### ***Un modelo rudimentario de relación entre disparidades y conflicto.***

Inspirándonos en Kitschelt parece posible especificar algunas condiciones y factores que pueden servir para definir los límites de aplicación de la teoría del conflicto de May. Más particularmente, lo que nos interesa precisar es qué en que condiciones la existencia de disparidades (curvilíneas o no) puede generar conflicto intrapartidista. Ello debería permitir, finalmente, la elaboración de un primer modelo explicativo.

En este esfuerzo por extender el modelo de May resulta fundamental la definición de conflicto intrapartidista. A los efectos de las páginas que siguen, conflicto intrapartidista se entiende como toda manifestación de lucha entre los distintos subgrupos que integran el partido para hacerse con el poder. Ello debe permitirnos diferenciar la simple existencia o constatación de disparidades internas, de toda expresión de lucha interna. Esta definición de conflicto interno, junto a la concepción de la influencia como restricción limita considerablemente la posibilidad que las disparidades ideológicas entre líderes, activistas y votantes terminen generando automáticamente conflictos internos. Ello se debe al hecho de que el modelo de May

---

<sup>12</sup> La definición de los subgrupos de Kitschelt también es distinta a la de May centrándose en las diferencias entre pragmáticos e ideólogos. En un posterior desarrollo de su obra Kitschelt (1989b) añade una nueva categoría: los lobbyistas.



sólo analiza las relaciones de poder verticales dentro de los partidos, olvidando de relacionarlas con las verticales<sup>13</sup>. Así pues, si quiere afinarse el modelo de May, debe buscarse la manera de vincular las relaciones que los dirigentes tienen con los activistas y votantes, con las que los dirigentes mantienen entre sí.

En este sentido, resulta de mucha utilidad integrar lo que Harmel y Janda (1994) definen como lucha faccional y lucha por el liderazgo. Ello equivale a decir que el conflicto interno sucederá, principalmente, cada vez que una facción o un líder estén dispuestos a capitalizar la división interna para aumentar su poder. Si ningún grupo o persona está dispuesto al enfrentamiento, la existencia de disparidades difícilmente pueden conducir por si misma al conflicto. Esto implica, pues que la existencia de disparidades debe situarse como un elemento *facilitador* del conflicto. Hay que tener en cuenta, además: que este factor puede presentarse junto a otros elementos vinculados a la estructura de oportunidades de las elites; Y que estas son, en último término, quienes deciden si optan por el enfrentamiento o por evitarlo.

La definición de todos aquellos factores que pueden estar vinculados a la estructura de oportunidades de los distintos dirigentes de un partido podría llegar a ser interminable. Con todo, tanto el modelo de Kitschelt ya señalado, como el de otros estudiosos del cambio organizativo como Panebianco (1988) o Harmel y Janda (1994) señalan fundamentalmente la existencia de tres factores más: a) las variaciones (o expectativas) en el entorno electoral; b) las variaciones (o expectativas) en el entorno parlamentario<sup>14</sup>; c) y, finalmente, los factores organizativos que pueden sintetizarse en el modelo organizativo adoptado por el partido<sup>15</sup>.

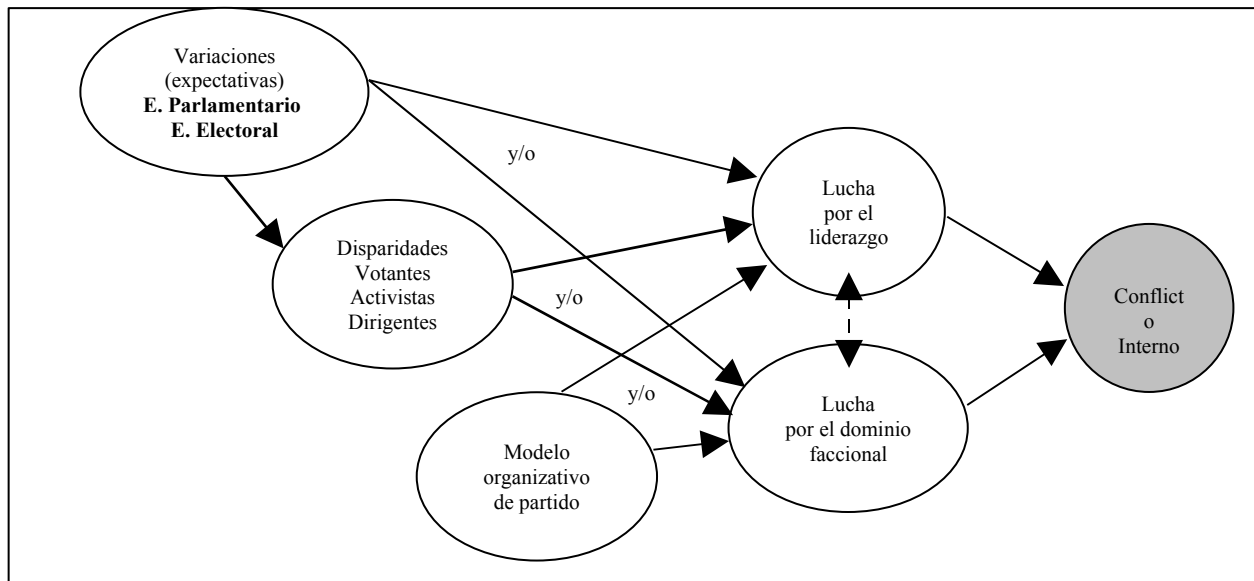
Gráfico 4. Modelo de relación entre disparidades ideológicas y conflicto interno.

---

<sup>13</sup> Para una distinción entre ambas véase Panebianco (1988).

<sup>14</sup> Un desarrollo exhaustivo de su operacionalización en Panebianco (1988).

<sup>15</sup> La definición de este concepto es deliberadamente ambigua para permitir su operacionalización a partir del máximo número de teorías. Ello no excluye que la preferencia de los autores se inclina por considerar los modelos señalados por Panebianco (1988).



Fuente: Elaboración propia

Aunque la combinación de los factores que pueden relacionar las disparidades con los conflictos internos es muy amplia, una parte importante de estos mecanismos puede ser presentada de modo simplificado. El gráfico 4 muestra un posible modelo de relación que, aunque de forma un tanto rudimentaria y general, tiene presente la interacción de todos los factores analizados. Según el modelo, las variaciones (o las expectativas de los actores sobre ellas) en el entorno electoral o parlamentario afecta a la distribución de las opiniones y la ideología de los distintos subgrupos internos. La existencia de disparidades puede ser aprovechada por los dirigentes del partido bien para abrir una lucha por el liderazgo o por el control faccional del partido. Evidentemente ello será posible en función de cómo perciban los distintos dirigentes las variaciones en el escenario, o de las expectativas que tengan sobre su evolución. Ello dependerá, finalmente, de los factores organizativos internos. Si el modelo organizativo del partido permite que los enfrentamientos sean fáciles de articular el conflicto será mucho más probable que en el caso contrario.

Como es fácil de imaginar el modelo presenta limitaciones substanciales que posteriores desarrollos teóricos y empíricos deben tener en cuenta. Entre estas hay

que considerar el hecho que las hipótesis generadas no tienen en cuenta la variedad de modelos organizativos de los partidos, la variedad de escenarios en los que estos compiten o, todavía, las distintas configuraciones que pueden presentar las disparidades ideológicas. Ello supera el objetivo de este trabajo que se limita a plantear relaciones generales entre los distintos factores.

La última parte del paper está dedicada, fundamentalmente, a mostrar la debilidad de la teoría de conflicto de May y la necesidad de su revisión. Para ello se analiza un caso de estudio: el caso de ERC durante la formación del gobierno catalán entre 2003 y 2004.

## **V. Disparidades, *hard decisions* y estabilidad: ERC y la formación del Gobierno catalán en 2003.**

Este último apartado está dedicado a tratar empíricamente la cuestión de los efectos que pueden generar la existencia de disparidades en el momento de tomar decisiones de gran trascendencia política. Para ello se ha seleccionado el estudio de un caso vinculado a los datos de que disponemos: el de ERC durante las negociaciones para la formación del gobierno catalán en 2003. De modo tentativo este sucinto *case study* pretende ser un pequeño test que ilustre la debilidad de la teoría del conflicto implícita en el modelo de May y la utilidad de su posible revisión.

Las elecciones de 2003 fueron las primeras en las que Jordi Pujol no se presentaba como candidato de la coalición nacionalista Convergencia i Unió (CiU) a presidir el gobierno autonómico catalán. Hasta entonces Pujol había gobernado durante cinco legislaturas consecutivas, tres de ellas (1984-1988, 1988-1992 i 1995-1999) con mayoría absoluta y dos como minoría mayoritaria (1980-1984 i 1999-2003)<sup>16</sup>. Durante la última legislatura, CiU gobernó inicialmente con apoyos parlamentarios de ERC y del PP. Ahora bien, mientras las demandas del PP se limitaban al apoyo de CiU en España, donde el PP también gobernaba en minoría, ERC reivindicaba incorporarse al gobierno catalán. Ello favoreció la aproximación de CiU al PP y el progresivo distanciamiento de ERC. El líder del Partit dels Socialistes de Catalunya, Pasqual Maragall buscó el acercamiento a ERC consensuando con este partido una propuesta de reforma del Estatuto de Autonomía Catalán.

---

<sup>16</sup> Se da la circunstancia, además, que la primera etapa de mayoría absoluta contó con una breve participación de ERC en el gobierno catalán. Los malos resultados de esa coalición de gobierno condicionaron durante mucho tiempo la vida interna de ERC.

La mayoría absoluta del PP en España, junto a la pretensión de reforma estatutaria de ERC dejó a CiU en una posición extremadamente precaria. Y todo ello en el momento en que debía abordarse el relevo del Pujol. El líder de CiU, a pesar de que la coalición estuviera ideológicamente más próxima a ERC, decidió apoyarse *preferentemente* en el PP. Pujol optó por esta alternativa porque este sólo pedía como controvertida el compromiso del presidente de la Generalitat de no reformar el Estatuto de Autonomía Catalán. La incapacidad de CiU de oponerse frontalmente a la controvertida gestión del PP español a partir del año 2002 (Guerra de Iraq, etc) generó importantes réditos electorales tanto para los dirigentes de ERC, como para toda la izquierda.

**Tabla 2.** Resultados electorales. Elecciones autonómicas de 2003. Cataluña.

<b>Partido</b>	<b>Votos</b>	<b>%v.v.</b>	<b>Diputados</b>
Convergència i Unió	1.024.425	30,94	46
Partit dels Socialistes de Catalunya-CpC	1.031.454	31,16	42
Esquerra Republicana de Catalunya	544.324	16,44	23
Partit Popular	393.499	11,89	15
Iniciativa Verds-Esquerra Alternativa	241.163	7,28	9

Fuente: Departamento de Gobernación. Generalitat de Cataluña.

Así pues, la situación política catalana desde el año 2000 hasta las elecciones de 2003 convirtió a ERC en un socio deseado tanto por CiU como por el PSC. La dirección de ERC consciente de ello se presentaba como un partido equidistante respecto a CiU y el PSC; los dos grandes partidos catalanes, y con notables dosis de populismo aparecía como la gran novedad frente a los viejos partidos que gobernaban la Generalitat de Catalunya (CiU) y el ayuntamiento de Barcelona (PSC).

El éxito electoral de la estrategia de ERC fue espectacular. Entre 1999 y 2003 ERC multiplicó por dos sus votos (de 271.000 a 544.000) y pasó de 12 a 23 diputados. Esta vez, además, su dimensión parlamentaria era tal que se convirtió en la formación clave para decantar la mayoría parlamentaria sobre la que debía asentarse el futuro gobierno catalán (Tabla 2). ERC podía formar gobierno tanto con PSC e Iniciativa per Catalunya, como con CiU. Después de intensas y largas negociaciones entre ERC y CiU por un lado, y ERC, PSC y ICV por el otro, la dirección de ERC decidió apostar por un pacto con estos últimos. Al margen de las razones por las que ERC se decantó por un pacto con PSC e ICV, uno de los aspectos más sorprendentes de este acuerdo fue el elevado grado de cohesión y estabilidad con el que pacto fue acogido dentro de la dirección del partido. Sólo unos pocos dirigentes territoriales decidieron dejar el

partido en disconformidad con el pacto y no se registraron enfrentamientos importantes ni dentro de la dirección ni en el Congreso del partido. Y ello a pesar del complejo equilibrio que caracteriza el mapa de poder de ERC, la cuál durante años había tenido que hacer frente a terribles crisis internas<sup>17</sup>.

Como vamos a tratar de justificar en las páginas que siguen, pese a la existencia de importantes disparidades ideológicas y políticas que dividieron el partido en dos en relación a la coalición de gobierno preferida, estas no condujeron, sin embargo a ningún conflicto interno de importancia. La originalidad del caso de ERC reside no tanto en la existencia de disparidades entre los distintos subgrupos sino que la decisión divide a cada uno de los subgrupos en dos. Ello es bien visible desde muy pronto entre el electorado (Tabla 3).

---

<sup>17</sup> La última tuvo lugar en 1996 cuando los dos principales dirigentes del partido se escindieron por ser cuestionados por una parte de la dirección.

**Tabla 3.** Preferencia de coalición según recuerdo de voto en 1999 (respuesta sugerida).

Recuerdo Voto'99 Coalición preferida	PP	CIU	ERC	PSC	IC V
PSC+ERC+ICV	16,3	3,1	<b>42,7</b>	74,9	82,9
CiU+ERC	25,5	77,8	<b>47,2</b>	4,2	10,1
Otras	38,1	8,4	6,4	11,3	2,6
Indiferente	2,2	0,5	1,0	1,8	-
NS/NC	17,9	10,3	2,7	7,9	4,3

Fuente: El Periódico 30-11-2003. Sondeo realizado pocos días después de las elecciones de 2003.

Aunque no hay datos equivalentes para los dirigentes y militantes, la tardanza de la dirección de ERC en definir la política de alianzas puede ser interpretada (a parte de la dificultad técnica de la negociación) como una señal de la falta de acuerdo interno<sup>18</sup>. Una muestra de cómo la decisión dividió al partido en dos puede hallarse en la expresión de las simpatías hacia los distintos partidos que todavía registra la encuesta pasada durante el Congreso de 2004. Más que la disparidad entre dirigentes y militantes, lo sorprendente es que casi un año después del pacto de gobierno tanto dirigentes como activistas siguen divididos por igual en sus preferencias entre los dos grandes partidos, el PSC i CDC (Tabla 4).

**Tabla 4.** Simpatía hacia los distintos partidos de dirigentes y militantes de ERC  
(escala 1-7)

(media)	ICV	ERC	PSC	CDC	UDC
<b>Líderes ERC</b>	3.7	-	4.4	4.4	4.4
<b>Militantes ERC</b>	4.1	-	5.0	5.1	6.0

Fuente: Elaboración propia. Datos sobre simpatía para ERC no disponibles.

Una muestra parecida de esta división en dos del partido puede deducirse a partir de las disparidades ideológicas señaladas en el gráfico 1. Pese a la prudencia con que hay que tomar los datos (elaborados a partir de la auto-ubicación de los subgrupos de los distintos partidos), lo cierto es que las distancias euclidianas entre los dirigentes, militantes y votantes de ERC respecto a los respectivos subgrupos de PSC y CDC muestran la relativa proximidad entre ambos. Ello es especialmente visible en el caso

<sup>18</sup> En 2007, con unos resultados electorales parecidos a los de 2003 la dirección de ERC tardó menos de una semana en definir su política de alianzas. En 2003 tardó casi un mes.

de los militantes y los votantes, pero no tanto entre los dirigentes, donde la distancia entre ERC-PSC es casi el doble que en ERC-CDC (Tabla 5).

**Tabla 5.** Distancias eculideanas entre las posiciones medias de los distintos grupos de ERC, PSC i CDC<sup>1</sup>.

Distancia Subunidades	ERC-PSC	ERC-CDC
Líderes ERC	1,6	0,9
Militantes ERC	1,5	1,3
Votantes ERC	1,4	1,8*

Fuente: Elaboración propia. \*Distancia ERC-CiU

1. El calculo de la distancia euclidiana entre dos puntos  $(x_1, y_1)$  y  $(x_2, y_2)$  es el siguiente:  $\sqrt{(x_2-x_1)^2 + (y_2-y_1)^2}$ .

Así pues, los dirigentes de ERC eligieron formar gobierno con los dirigentes más alejados de ellos y lo hicieron, además, sin importantes conflictos internos. Y todo ello pese a la existencia de importantes disparidades. El caso de ERC muestra, a nuestro entender, la dificultad para sostener que la existencia de disparidades puede propiciar, de modo más o menos *automático*, posibles conflictos dentro de los partidos políticos. Ello es dudoso incluso en circunstancias tan importantes para un partido como el momento de decidir la formación de una coalición de gobierno.

## Conclusiones

El objetivo de este artículo ha sido tratar de revisar críticamente los supuestos sobre el papel que desempeñan los activistas y votantes de los partidos según del influyente trabajo de May (1973). Así pues, la primera parte se ha dedicado a presentar los elementos generales del modelo de May para, en la segunda y tercera presentar los datos e intentar testar empíricamente su validez en el caso catalán. Los resultados, como en otras investigaciones han sido ambivalentes. Mientras la ley de la disparidad ideológica curvilínea parece funcionar al aplicarse al eje izquierda-derecha, este modelo no funciona en el eje catalanismo-españolismo.

La cuarta parte se ha centrado en poner de manifiesto la debilidad de la teoría del conflicto que se deduce de su modelo, según el cuál la mera existencia de disparidades ideológicas (curvilíneas o no) entre los dirigentes, activistas y votantes

de los partidos automáticamente puede generar conflictos internos. Las objeciones teóricas han sugerido la necesidad de avanzar hacia la definición de un modelo alternativo que trate de vincular de un modo más realista la existencia de disparidades con la aparición de conflictos dentro de los partidos. Para ello se ha propuesto un primer modelo que vincule los conflictos verticales propuestos por May con los horizontales, especialmente los derivados de la lucha faccional y la lucha por el liderazgo. En la definición de este modelo se ha considerado la influencia que puede tener el entorno y los factores organizativos derivados.

Finalmente, la última parte se ha dedicado a intentar mostrar empíricamente la debilidad de la teoría del conflicto de May y la necesidad de pensar modelos alternativos. Para ello se ha analizado el comportamiento de ERC durante la formación del gobierno catalán. El caso ha servido para mostrar que pese a la existencia de evidentes disparidades ideológicas y de opinión entre los diversos grupos internos en un momento de gran importancia para la vida del partido, estas no condujeron (contrariamente a lo que parece sugerir el razonamiento de May) a ningún conflicto interno de relevancia. Todo ello señala, sin duda, la necesidad que futuras investigaciones sigan avanzando en su desarrollo.

### **Apéndice metodológico.**

Las características técnicas del Sondeo de Opinión a Cataluña 2004 elaborado por el Institut de Ciències Polítiques i Socials (Barcelona) son las siguientes:

El sondeo ha sido realizado entre una población objetivo de personas de 18 y más años residentes en Cataluña. Se han realizado un total de 1.201 entrevistas telefónicas asistidas por ordenador. El margen de error asociado al conjunto de la encuesta es del  $\pm 2,9\%$ , para un nivel de confianza del 95% con  $p=q=0,5$ . La muestra se ha construido siguiendo un diseño aleatorio estratificado en dos etapas. En primer lugar, las entrevistas se han repartido en función de la distribución de la población según tramos de dimensión de municipio. La selección de los municipios dentro de cada tramo se ha realizado de manera aleatoria. Posteriormente, los domicilios han sido escogidos aleatoriamente y los individuos a entrevistar se han seleccionado según cuotas de sexo y edad, en función de la distribución real de la



población. El trabajo de campo ha sido realizado entre el 18 y el 25 de octubre de 2004 por la empresa Central de Campo, S.A.

Los resultados y la representatividad de los cuestionarios pasados a los partidos políticos catalanes durante el verano de 2004 pueden verse en la Tabla 1.

Tabla A.1. Asistentes y niveles de respuesta de los diferentes partidos

<b>Partido</b>	<b>Afiliados*</b>	<b>Congresistas</b>	<b>Cuestionarios</b>	<b>% Cuest. Afiliados</b>	<b>% Cuest Asistentes</b>
CDC	51000	1900	701	1,4	36,9
UDC	8000	600	168	2,1	28,0
PSC	30000	1000	400	1,3	40,0
ERC	9000	2000	1000	11,1	50,0
IC	8000	800	490	6,1	61,3

\* Estimación aproximada.

De los cuestionarios obtenidos en cada congreso se ha separado a los militantes de los dirigentes. Para ello se ha utilizado la siguiente operacionalización los resultados de la cual puede verse en la tabla 2.

**DIRIGENTES:** Miembros de la ejecutiva del partido y a los parlamentarios (incluidos diputados provinciales). En el cuestionario no se incluía una pregunta referida a los miembros del partido con cargo en el gobierno catalán o español.

**MILITANTES:** Los cuestionarios recogidos en el congreso excluyendo a los dirigentes.

**VOTANTES:** Entrevistados que recuerdan haber votado al partido en las elecciones autonómicas de 2003.

Tabla A.2. Número de dirigentes, militantes y votantes por partido.

	<b>ICV</b>	<b>ERC</b>	<b>PSC</b>	<b>CDC</b>	<b>UDC</b>
Dirigentes	27	51	19	30	7
Militantes	463	1053	381	671	161
Votantes	75*	214	333	241**	

\* Votantes de ICV-EUiA. \*\* Votantes de CiU.

Tabla A. 3. Porcentajes de cargos públicos entre las respuestas de cada congreso.

% sobre total	ICV	ERC	PSC	CDC	UDC
Sí	17,8	25,7	37,0	30,5	28,0
Local	16,5	18,4	37,0	27,4	28,0
No	82,2	72,0	59,3	65,3	66,0
NC	0	2,3	3,8	4,1	6,0

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de las encuestas a los congresos.

Tabla A. 4. Disparidades entre dirigentes, militantes i votantes en distintos *issues*.

<b>A. Autoubicación en el Eje izquierda / Derecha (1=extrema izquierda,7=extrema derecha)</b>					
(media)	ICV	ERC	PSC	CDC	UDC
Dirigentes	2,00	2,21	2,42	3,07	3,14
Militantes	1,96	2,15	2,30	3,37	3,95
Votantes*	2,38	2,35	2,70	3,99	

<b>B. Identidad nacional subjetiva (1= Solo Espanyol, 5= Solo Catalán)</b>					
(media)	ICV	ERC	PSC	CDC	UDC
Dirigentes	3,93	4,95	3,33	4,76	4,50
Militantes	3,91	4,90	3,41	4,61	3,82
Votantes*	3,26	4,22	2,84	3,54	

<b>C. Religiosidad (porcentaje de católicos practicantes)</b>					
(%)	ICV	ERC	PSC	CDC	UDC
Dirigentes	3,7	0,0	5,3	30,0	57,1
Militantes	3,9	5,9	6,0	27,4	43,5
Votantes*	5,3	7,0	16,5	29,5	

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de las encuestas a los congresos y del sondeo 2004 del ICPS.

\* Para ICV se utilizan datos de los votantes de la coalición ICV-EuiA y para CDC y UDC los datos de los votantes de CiU.

### **Bibliografía citada.**

Aldrich, John (1983): "A Downsian Spatial Model with Party Activism", *American Journal of Political Science Review*, 77: 974-90.

Baras, M. (ed) (2004): *Els militants dels partits polítics a Catalunya. Perfils socials i percepcions polítiques*. Barcelona: Institut de Ciències Polítiques i Socials.

Barberà, O., A.Barrio, y J. Rodríguez (coords.) (2002): *Els militants de les organitzacions polítiques juvenils a Catalunya*, Barcelona, Materials de Joventut Diputació de Barcelona.

Botella, J. (1984): "Elementos del sistema de partidos de la Cataluña actual", a *Papers, Revista de Sociologia*, 21.

Boy, D. F. Platone y H. Rey (2003): *C'était la gauche plurielle*. Paris. Presses de Sciences Po.

Cayrol, R. y C. Ysmal (1984): "Les militants du PS: originalités et diversités", *Projet*, 165.

Charlot, J. (1970): *Le phénomène gaulliste*, Paris, Fayard.

Dalton, R.J. (1985): "Political Parties and Political Representation. Party Supports and Party Elites in Nine Nations", *Comparative Political Studies*, 18: 267-299.

Downs, A. (1957): *An Economic Theory of Democracy*. New York: Harper.

Dunleavy, P. (1991) *Democracy, Bureaucracy and Public Choice. Economic explanations in political science*. New York: Harvester Wheatsheaf.

Duverger, M (1954). *Political Parties: Their Organization and Activity in the Modern State*. London: Methuen

Gunther, R. y J.R. Montero (2001): "The Anchors of Partisanship: A Comparative Analysis of Voting Behavior in Four Southern European Democracies", Diamandouros, P.N. y R. Gunther (eds): *Political Parties: Old Concepts and New Challenges*. Oxford: Oxford University Press.

Gunther, R. y L. Diamond (2003): "Species of Political Parties: A New Typology", *Party Politics*, 9 (2): 167-199.

Gunther, R. G. Sani, y G. Shabad (1986): *El sistema de partidos políticos en España: génesis y evolución*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas / Siglo XXI.

Harmel, Richard y Janda, Kenneth (1994): "An Integrated Theory of Party Goals and Party Change", *Journal of Theoretical Politics*, 6:259-287

Heidar, K. (2006): "Party membership and participation", Katz, R. y W. Crotty (eds): *Handbook of Party Politics*. London: Sage.

Heidar, K. y J. Saglie (2003) "A decline of linkage? Intra-party participation in Norway, 1991-2000", *European Journal of Political Research* 42 (6): 761-786.

Held, D. (1998): *Models of Democracy*. Cambridge: Polity Press. 2nd ed.

Herrera, R. y M.K. Taylor (1994) 'The Structure of Opinion in American Political Parties' *Political Studies* 42: 676-689

Hirschman, A.O. (1970): *Exit, Voice, Loyalty. Responses to Decline in Firms, Organizations and States*. Cambridge, Massachussets: Harvard University Press.

Hopkin, J. y Paolucci, C. (1999) "The business firm model of party organisation: Cases from Spain and Italy", *European Journal of Political Research*, vol 35, 3:307-339.

Katz, R. (1990) "Party as linkage: A vestigial function?", *European Journal of Political Research*, vol 18, 143-161.

Katz, R. y P. Mair (eds.) (1994): *How parties organize*, London: Sage Publications.

Katz, R. y P. Mair (1995): "Changing Models of Party Organization and Party Democracy: The Emergence of the Cartel Party", *Party Politics*, 1:5-28.

Kircheimmer, O. (1966): "The Transformation of the Western European Party Systems", in LaPalombara, J. y M. Weiner (eds): *Political Parties and Political Development*. Princeton: Princeton University Press. Pp 177-200.

Kitschelt, H.(1989): 'The Internal Politics of Parties: The Law of Curvilinear Disparity Revisited' , *Political Studies* 37: 400-421

Kitschelt, H. (1989b): *The Logics of Party Formation. Ecological Parties in Belgium and West Germany*. Londres: Ithaca, Cornell University Press.

Koole, R.A. (1994): "The vulnerability of the modern cadre party in Netherlands" a Katz, R. y P. Mair (eds.) (1994): *How parties organize*, London: Sage Publications.

Krowel, A. (2006): "Party Models", Katz, R. y Crotty, W. (eds) *Handbook of Party Politics*. London: Sage.

Linz, J.J. (1981): *Informe sociológico sobre el cambio político en España. 1975-1981. IV Informe FOESSA*. Madrid: Euramérica.

Lyons, Pat y Linek, Lukás (2007): "May's Law Of Curvilinear Disparity In East-Central Europe: Pragmatists And Ideologues In The Czech Christian Democratic Party" Paper presented at ECPR Joint Sessions. Helsinki. 7-12 May.

Mabileau, A. (1976) : *Les militants politiques dans trois partis français*, Paris: Editions Pédone.

Mair, P. y I. van Biezen (2001) 'Party Membership in Twenty European Democracies, 1980-2000', *Party Politics* 7(1): 5-21.

May, J.D. (1973) 'Opinion Structure of Political Parties: The Special Law of Curvilinear Disparity' , *Political Studies* 21: 135-151

Michels, R. ([1911], 1962) *Political Parties: A Sociological Study of the Oligarchical Tendencies of Modern Democracy*. New York: Collier Books.

Molas, I. (1992): "Electores, simpatizantes y partidos políticos: el caso de Cataluña", *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, 12.

Molas I. y O. Bartomeus, (1998): "Estructura de la competència política a Catalunya" *Working Paper*, 138. Barcelona: Institut de Ciències Polítiques i Socials.

Molas, I. y O. Bartomeus, (1999): "Els espai de frontera entre electorats" *Working Paper*, 165. Barcelona: Institut de Ciències Polítiques i Socials.

Müller, W.C. y K. Strøm (1999): *Policy, Office or Votes? How Political Parties in Western Europe Make Hard Decisions*. Cambridge: Cambridge University Press.

Narud, H.M. y A. Skare (1999) 'Are Party Activists the Party Extremists? The Structure of Opinion in Political Parties', *Scandinavian Political Studies* 22: 45-65

Norris, P. (1995) 'May's Law of Curvilinear Disparity Revisited', *Party Politics* 1: 29-47

Pallarés, F. Canals, R. y Virós, R. (1988): "Els eixos de competència electoral", Equip de Sociologia Electoral. *Estudis Electorals/10. L'electorat català a les eleccions autonòmiques de 1988: opinions, actituds i comportaments*. Barcelona: Publicacions de la Fundació Jaume Bofill.

Panbianco, A. (1988): *Political Parties: Organization and Power*. Cambridge: Cambridge University Press.

Rey, H. y Sublieau, F. (1991): *Les militants socialistes à l'épreuve du pouvoir*. Paris: Presses de Sciences Po.

Rokkan, S. (1967): "Geography, Religion and Social Class. Crosscutting Cleavages in Norwegian Politics", in Lipset, S. y Stein R. (eds) *Party Systems and Voter Alignments*. New York: Free Press.

Sánchez, J. (ed) (1999): *Estudis de les elits dels partits polítics de Catalunya*. Barcelona: Institut de Ciències Polítiques i Socials.

Scarrow, S. E. (2000): "Parties Without Members? Party Organization in a Changing Electoral Environment", Dalton, R.J. y M. Wattenger (eds): *Parties without Partisans: Political Change in Advanced Industrial Democracies*. Oxford: Oxford University Press. Pp. 79-101.

Schattschneider, E. E. (1942) *Party Government*. New York: Rinehart and Winston.

Shofield, Norman y Itai Sened (2005): "Modeling the Interaction of parties, activists and voters" *European Journal of Political Research*, 44: 355-390

Selle, P. y L. Svasand, (1991) "Membership in party organisation and the problem of decline of parties", *Comparative Political Studies*, vol 23, nº 4, pp 459-477

Seyd, P. y P. Whiteley (2004): "British Party Members", *Party Politics*, vol 10, 4: 355-366.

Subileau, F. (1981) "Le militantisme dans les partis politiques sous la cinquième République: État des travaux de langue française" *Revue Française de Science Politique*, 31.

Von Beyme, K. (1986): *Los partidos políticos en las democracias occidentales*, Madrid, CIS-Siglo XXI.

Webb, P.; D. Farrell y I. Holliday (2002): *High Intensity Participation: The Dynamics of Party Activism in Britain*. Ann Arbor, M.I: University of Michigan Press.

Weldon, Steve (2007): "Intraparty Opinion Structure, Dominant Factions and Party Behavior: Moving beyond May's Law", Paper presented at ECPR Joint Sessions. Helsinki. 7-12 May.

Whiteley, Paul F. y Patrick Seyd (1998): "The Dynamics of Party Activism in Britain: A Spiral of Demobilization?", *British Journal of Political Science* 23: 113-137.

Zielonka-Goei, M. L. (1992) 'Members Marginalising Themselves? Intra-Party Participation in the Netherlands', *West European Politics* 15: 93-106.